

La crisis de la iglesia italiana

E.
MIRET
MAGDA
LENA

LA tormenta que Pablo VI ha desatado en Italia a propósito de la posible colaboración política con todas las tendencias socialistas, desde la más moderada hasta la más científica, no se apagará fácilmente. Yo creo que estamos en estos últimos años ante una serie de hechos muy significativos, que deben ser analizados cuidadosamente por unos y por otros. Los conservadores que hay en la Iglesia deben pensarla serenamente, lo mismo que los que están en el extremo más progresista o se encuentran apartados de la misma. Son síntomas de una nueva actitud consciente, personal y responsable que empiezan a adoptar los católicos.

Antes todo era obediencia ciega y sumisión. Ahora es decisión consciente a la hora de considerar las consignas de la jerarquía eclesial.

El primer impacto lo produjo Pablo VI con la encíclica *Humanae Vitae*, en 1968. Este Papa vacilante y a veces neurótico se dejó llevar a última hora por los eclesialistas de la Curia más conservadores cuando la Comisión Pontificia creada para estudiar el problema de la regulación de la natalidad había adoptado una postura muy mayoritaria a favor de una paternidad responsable, eficaz y que tuviera en cuenta cualesquiera medios modernos de control de la reproducción humana, siempre que fuesen eficaces y respetuosos de la decisión de conciencia de la pareja humana.

El resultado fue que en Alemania, Francia y Holanda siguieron usando los anticonceptivos el 90 por 100 de los católicos, pero con una decisión más consciente y más personal. Y en el clero extranjero, más culto o más inquieto, pasó lo mismo: 645 profesores de teología norteamericanos disintieron de la rígida postura de Pablo VI contra los medios artificiales contraceptivos, y en ese mismo país, el 95 por 100 de los sacerdotes jóvenes tampoco aceptaron esta rigidez acientífica.

Lo que preocupó a los católicos más conscientes desde entonces fue, ante todo, la creación de una familia humana a nivel económico, educativo y social. No era el número de hijos lo más importante, sino el cauce humano y humanista dado a los hijos.

En 1969 ocurrió el segundo hecho decisivo. El 28 de noviembre de ese año fue aprobado en Italia el "pequeño divorcio" por la Cámara de Diputados. A pesar de la intensa propaganda eclesialista, en la cual la Santa Sede echó el resto, el "pequeño divorcio" se aprobó en el país, a pesar de ser la gran mayoría de los ciudadanos de religión católica y teniendo en cuenta la fuerza que el clero tenía sobre grandes masas todavía. La tesis anti-divorcista de la Santa Sede fue vencida

en toda la regla. Segundo signo de este catolicismo consciente, ocurrido esta vez en la propia Italia, el país de la gran influencia de los Papas.

Y en 1974 fue refrendado el divorcio por todo el país en un referéndum que dio el visto bueno a lo aprobado anteriormente por los diputados. La Ley Fortuna fue un hecho definitivo en Italia por causa de los creyentes católicos que no siguieron las consignas políticas de la Santa Sede.

Ahora surge un nuevo problema: el de las próximas elecciones italianas. Vuelve el Vaticano a arriesgar su palabra, su acción y su prestigio en una causa perdida de antemano. El país, en buena parte, está harto de la Democracia Cristiana, y quiere despegarse de ella. Los síntomas ocurridos hasta ahora son significativos. Muchos municipios han votado a los candidatos comunistas, y estos Ayuntamientos han dado un nuevo tono de responsabilidad, de seriedad y de ciudadanía allí donde han sido establecidos.

Como he recordado en esta misma revista, se presentan en las listas electorales candidatos comunistas juntamente con candidatos católicos que no desdennan la compañía del marxismo.

Son conscientemente deudores de las enseñanzas que a partir de Pío XII claramente empezó a transmitir la Iglesia. Cundo este Papa proclamó una y otra vez, en sus discursos y en sus mensajes de Navidad, que para la construcción del mundo debían unirse todos los hombres de "buena voluntad", sentaba un principio cuyas consecuencias estamos viendo hoy en día en la Europa del Este y del Oeste.

Más tarde, Juan XXIII abordó, con la ayuda del teólogo especialista en sociología monseñor Pavan, el tema concreto de la colaboración con el marxismo. Y lo resolvió sin rebozo dejando a la responsable decisión de los católicos esa colaboración política, económica y social hasta los límites que ellos considerasen más oportunos.

El Concilio Vaticano II no hizo sino refrendar esto mismo. Defendió el "coloquio" con todos los hombres, y en una "cooperación fraternal para servir a la familia humana", en la que están incluidos todos, creyentes y no creyentes. "Ni siquiera se excluye a aquellos que se oponen a la Iglesia". El resultado es que "todos estamos llamados a ser hermanos, y, en consecuencia..., podemos y debemos cooperar sin violencias, sin engaños, en verdadera paz, a la edificación del mundo" (*Gaudium et Spes*, número 92). Y el propio Papa Pablo VI escribió una primera encíclica decisiva, en la que abogaba por los "caminos legítimos de la educación humana, de la persuasión interior,

de la conversación ordinaria..., y del respeto siempre a la libertad personal y civil", evitando todo tipo "de coacción externa", así como "excluyendo la condenación apriorística, la polémica ofensiva y habitual". Fue esta encíclica *Ecclesiam Suam*, la encíclica del diálogo, y en ella se ha inspirado Pablo VI para iniciar el diálogo con los países socialistas del Este, dejando a un lado las rígidas posturas de sentirse víctima, la Iglesia, sin abrirse a ninguna comunicación con otras personas y países de muy distinta estructura social e ideológica.

El oportunismo italianizante de la Santa Sede, el afán de conservar su hegemonía política, son las dos causas que le han llevado en estos años a una actitud práctica contradictoria, que ahora se manifiesta en Italia con la llorosa postura de Pablo VI y con la cerrada de la Conferencia Episcopal italiana. Muy distinta del planteamiento que teóricamente la Iglesia ha hecho desde Pío XII para acá. Parece enteramente que quiera mantener la Santa Sede esas dos medidas: una, con visión de largo alcance, que es la defendida para los países socialistas del Este, y otra, de corta visión, que es la propagada en Italia en estos últimos tiempos, sobre todo.

Sea lo que sea de las elecciones próximas, aunque lo más probable será un avance claro de las listas electorales presentadas por el Partido Comunista y amparadas por él, el hecho es que la postura vaticanista actual, cerrada al marxismo italiano y a los católicos que quieren colaborar con él, está abocada al fracaso. No sólo al fracaso visible de unos votos, sino al fracaso humano de una postura. Los hombres queremos algo más que el enfrentamiento que pretende la Santa Sede y estamos cansados de consignas que esconden maniobras de pretensión dominadora, o de deseo de seguir con el cómodo "establishment" en que han estado hasta hace poco la jerarquía italiana y el alto clero del país, tan vecino en muchas cosas de nuestra Historia.

Y para nada planteo el problema de fondo, el de la ideología marxista, sino que estamos todavía en el problema previo de la colaboración práctica, a la cual se resiste inútilmente la Santa Sede en su país, cuando ya en otras naciones adopta una postura completamente diferente.